

de niños
Número 22

1º de noviembre

1913

San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

LAZ SELEKIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

EL PASEO DE LA SEÑORITA PATA

La señorita Pata había comprado un lujoso sombrero, un abrigo de pieles y una sombrilla y deseaba mucho que hiciera una buena tarde para lucir todas estas prendas en el paseo.

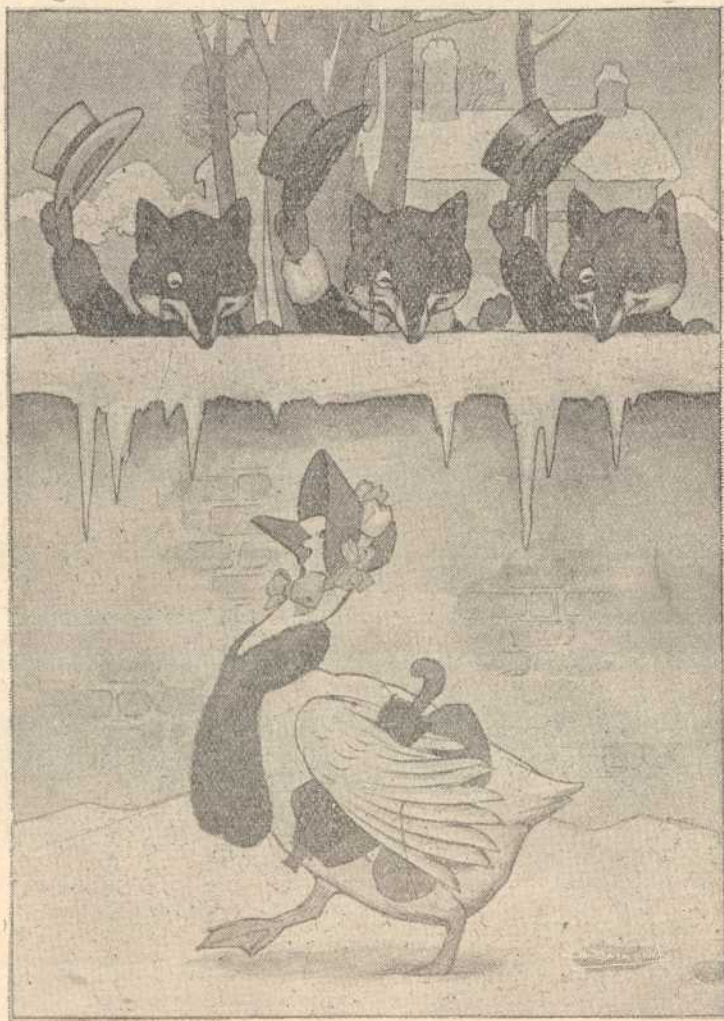
Por fin la buena tarde llegó. ¡Y cuántas horas pasó la señorita Pata delante del espejo, arreglándose, haciéndose los rizos y sonriendo al mirarse tan *compuesta*.

Cuando ya tuvo prendidos todos sus alfileres, salió a la calle, contoneándose y caminando sobre las puntas de sus pies.

—Buenas tardes, señorita Pata!—Así la saludaron tres guapos zorros que miraban pasar las niñas que iban a pasear.

—Buenas tardes, contestó y sacudió la cabeza con altanería. Ella creyó que los tres jóvenes habían quedado hablando de su cuerpo, de su andar gracioso, de su sombrero lleno de cintas y del abrigo de piel que llevaba al cuello.

Pero los pícaros no hablaron una palabra ni sobre el sombrero ni sobre el abrigo...



—¡Qué rico bocado para cenar!, dijeron. Si la señorita Pata se pusiese a nuestro alcance, esta noche haríamos una buena cena!

A LOS NIÑOS ✓

Donde la antigua selva cubre las rocas gigantes, donde se despeña el torrente en los abismos anchurosos, donde mil flores bellas esparcen su aroma y ascienden ⁽¹⁾ al cielo los más suaves perfumes, allí, como un hermoso jardín de encanto, se encuentra mi reino.

Junto a la llama cariñosa, donde los colores del cuento gracioso se reflejan, ¡oh niños! en el azul de nuestros ojos, puros, inocentes, profundos, más suaves que un dulce bálsamo de verdad y de amor, resplandecientes de juventud, allí, siempre envuelto en brisas de primavera, se encuentra mi reino.

En el universo entero, en el fondo de los bosques umbríos, donde sólo se escuchan alegres conciertos y cantos joviales, donde desfilan los aéreos fantasmas de las nubes y riega el rocío sus gotas de cristal, allí, bajo las graudes enramadas, en un mundo ideal, flota la barca de mi reino.

En todo brote que crece, en todo embrión, ⁽²⁾ en la fuerza, en el divino luminar de todo rayo, en la forma, en el átomo, en todo ser que nace, que respira, que siente, allí se desenvuelve,—¡cómo soy de rica, niños míos!,—y triunfa prepotente ⁽³⁾ mi maravilloso reino.

CARMEN SYLVA ⁽⁴⁾

(Arreglo de Omar Dengo).

(1) Suben.

(2) Principio, todavía sin forma de una cosa.

(3) Más poderoso que otros.

(4) Seudónimo de Su Majestad la reina Elisabeth de Rumanía, autora de varias novelas, hermosos libros de cuentos y poesías. En este trozo ella nos dice que su reino se encuentra más bien en la naturaleza con sus bellezas que en el que le han dado los hombres y del cual ella es la soberana.

EL TRABAJO

La vida del hombre puede decirse que es generalmente una vida de trabajo.

El trabajo es uno de los mejores educadores de la sociedad, pues dicha virtud obliga a estar en contacto con los demás hombres laboriosos y por lo tanto con los hombres honrados.

El hombre que quiera llamarse con justicia así, debe trabajar lo más que pueda, pues así llegará a ser un hombre capaz, y al mismo tiempo útil a la sociedad.

El trabajo es la fuente de riqueza, no sólo de un individuo, sino hasta de un país.

Además, ¿cómo poder estar uno sin hacer nada, cuando los demás están ocupados? De ningún modo; un hombre que tiene vergüenza no puede ser vagabundo.

Todos, todos los hombres que han llegado a valer algo han sido trabajadores desde pequeños, y lejos de arredrarse ⁽¹⁾ ante las dificultades que a su paso se presentaron, siguieron luchando y venciendo obstáculos hasta llegar a la meta ⁽²⁾ de sus aspiraciones.

Para el hombre que lo observa todo con despacio y que comprueba sus observaciones hechas, llegará un día en que sea un descubridor, o bien un inventor.

El trabajo no deshonra, cualquiera que sea su forma. Muchos creen que dejan de ser lo mismo por cuanto

(1) Atemorizarse.

(2) Es como decir, llegar *al fin*.

atraviesan la Avenida Central con un saco de maíz al hombro. Todo lo contrario; talvez quien hoy ha cargado ese saco de maíz llegará a ser mañana un hombre culto e instruido, y ¡quién sabe si hasta Presidente de la República!

GUILLERMO ALVARADO

Niños: Este trabajito de encantadora sencillez, fue escrito por un buen niño que estudiaba como Uds. en la escuela. Es el fruto de una inteligencia de doce años.

La muerte tronchó esa flor hace poco: una bala que no estaba destinada a herirlo a él, le arrebató la vida.

Cuando lean estas líneas, dediquen un cariñoso pensamiento al compañero ausente que supo dejar en la vida lo que muy pocas a su edad pueden dejar: una amable lección para los niños y un ejemplo de vigorosa rectitud para los hombres.

LA CAJA DE PINTURAS

Casi todos los niños tienen su caja de pinturas y conocen los nombres de los diferentes colores, pero quizá son pocos los que saben de dónde vienen estos colores.

La historia de cada color es muy interesante y en un cuadro hay un mundo de ellas.

En la más pequeña caja de pinturas encontramos agrupadas hermanablemente, sustancias que provienen de países muy alejados unos de otros y cuyo origen en nada se parece: unas salen de los vegetales, otras de los animales y otras de los minerales.

Oigamos lo que nos cuentan los pequeños amigos que viven en nuestra caja de pinturas:

Yo,—dice el Cobalto,—ese bello color azul que tanto gusta a los ojos—estoy hecho con un metal venenoso de color gris rojizo, pero que se pone azul cuando el gas oxígeno lo toca.

Ahora habla el Pardo Vandyck:—A mí me sacan de una tierra especial. Un pintor holandés muy célebre, llamado Antonio Vandyck me usaba mucho para pintar los fondos de sus cuadros y por esto llevo su nombre.

—A mí también,—dice el Siena—me fabrican con otra clase de tierra, encontrada en un lugar de Italia llamado Siena. Pero esta tierra es primero quemada y luego preparada especialmente. Aquí hay un color que es de mi familia, preparado también con una tierra a la cual los italianos llaman *tierra de sombra*. Los pintores la usan mucho para dar las sombras a sus cuadros.

El Ocre Amarillo dice que él también viene de una tierra, de una arcilla, cuyo color varía desde el amarillo pálido, hasta el anaranjado encendido y aun se la encuentra de color oscuro, casi castaño.

—Pues a mí—manifiesta el Bermellón—me hacen los químicos con el mercurio o azogue, pero antiguamente mi color lo sacaban los hombres de un insecto. Y mi amigo el Azul Prusia es otro señor a quien fabrican los químicos con hierro, potasio y otras sustancias.

El Azul Ultramarino levantó su voz:—Los pintores me prefieren porque no pierdo mi brillo fácilmente. Mi madre es una hermosa piedra azul llamada *lapislá-zuli*, la cual tenía que ser molida para formarme.

Mi nombre Ultramarino está compuesto de dos pala-



Muchos hombres trabajan en el mundo para llenar la cajita de pintura de una niña. Aquí, de derecha a izquierda, vemos hombres recogiendo marfiles para el «negro de marfil»; celdas de insectos para el carmesí; gomaguta, la planta del índigo y de la rubia, la fibra para obtener el sepia, etc.

bras latinas que quieren decir al otro lado del mar, porque la piedra de que hablo era llevada a Europa de otros países a los que se llegaba atravesando el mar. Hoy día, sin embargo, me preparan los químicos en sus laboratorios, sin usar de aquel mineral. Aquí hay otros colores azules que también se obtienen químicamente, esto es, combinando ciertas sustancias. Cianino, es el *Indigo*, que se extrae de una planta llamada añil, la cual abunda en América, pero que es originaria de la India. De aquí que se llame a este color *indigo*.

De la gomaguta o gutagamba, resina que se extrae de una planta, me obtienen a mí que soy uno de los más hermosos colores amarillos. Otros amarillos, son preparados por los químicos.

Yo,—dijo un color rojo,—salgo de las raíces de una planta llamada *rubia*. El Alizarina Carmesí, el Alizarina Escarlata, el Alizarina Amarillo y el Alizarina Verde son también mis hermanos porque se extraen de la planta llamada *rubia*.

—Pues yo debo mi vida—exclamó el color Carmín—a un insecto de América que se cría en una planta llamada nopal, pero hoy los químicos me fabrican con otras sustancias.

—Yo también vengo de un insecto—dijo el color Carmesí. Este insecto hace en un árbol, una masa de pequeños cuartitos para proteger sus huevos. De esta masa, preparada de cierta manera, salgo yo.

El Sepia habló:—Vengo del mar. Hay en él un animal llamado sepia, pulpo y jibia, que cuando es atacado por otro animal marino secreta un líquido oscuro

parecido a tinta, el cual oscurece el agua para que su perseguidor no pueda verlo mientras escapa. Con este líquido me preparan.


Otro color oscuro habló, era el Negro de Marfil:—
A mí me hacen con marfil quemado.

—Y a mí,—dijo el Blanco de Zinc,—del óxido de zinc; fuí conocido primeramente en la China, y la señora Tinta China es preparada con hollín hervido en agua. Es un color que se conserva muy bien. Hay dibujos del siglo XVIII, por los cuales parecen no haber pasado los años.

El Verde Malaquita contó que procedía de un mineral llamado Malaquita y contó también que se obtienen diferentes tonos del verde combinando los colores amarillo y azul.

Ya ven ustedes, cuánto nos pueden contar las pequeñas cosas encerradas en su cajita de pinturas! ¡De cuán lejos vienen muchas de ellas! Unas han dormido en las profundidades de la tierra, otras se han mecido entre las olas del mar y muchas han habitado dentro de plantas. ¡Cuántas manos las han tocado antes de que lleguen hasta las nuestras, listas para que gocen haciendo lindos cuadritos!

Y cuando veamos un bello cuadro, no dejemos de recordar esa multitud de manos ignoradas que también han contribuido a hacer esa obra de arte!



LA MATA DE LOS CINCOS

Un sentimiento egoísta impulsa sin duda al inquilino urbano⁽¹⁾ o rural,⁽²⁾ que antes de abandonar para otro inquilino la casa en que le tocó vivir una corta o larga temporada, destruye, cuando no se las lleva, las plantaciones que para regocijo o sustento propio y de los suyos, con su propia mano cariñoso sembrara un día en los contornos.

En esta conducta vulgar hay una gran falta de respeto por los esfuerzos ocultos y visibles de la vieja y paciente madre Tierra, que brinda sus tesoros para todos, haciendo caso omiso de los repartos temporales, arbitrarios,⁽³⁾ convencionales y egoístas que los hombres hacen de ella. Hay también irrespeto para con el trabajo personal. Amorosamente vigilamos la siembra, el desarrollo y el fruto de las plantas que nos sirven de sustento o alegría. Muchas de ellas sin nuestra tierna vigilia perecerían en la jornada. ¿Cómo, pues, tenemos corazón para destruirlas, cuando ya quizá están en vísperas de ofrendarnos sus perfumadas primicias?⁽⁴⁾

El trabajo tiene cierta santidad y no hay egoísmo ni rencor, ni capricho que justifique la destrucción de aquello que nos ha costado, de aquello que por esfuerzos sucesivos es obra de nuestras manos o de la Naturaleza,

(1) Que vive en la ciudad.

(2) Que vive en el campo.

(3) Injustos.

(4) Frutos primeros.

ayudada por nosotros. Tratándose de plantas, la crueldad salvaje de destruirlas es mayor, porque son nuestras apacibles compañeras que nos ven, que sienten y nos agradecen cuanto por ellas hicimos. Destruir inútilmente una planta, sobre todo si está para dar una cosecha saludable, es un pecado tan cruel y estúpido como matar los pajarillos que alegran nuestras faenas y reposos con sus cantos de salud y amor.

En este proceder hay, además, una pérdida evidente de riqueza, porque se botan muchos cincos a la calle. De veras que con eso se destruye la *mata de los cincos* de que hablamos engañosamente a nuestros niños cuando no queremos darles el cobre ⁽¹⁾ que nos solicitan! Cada planta en cosecha es una mata de cincos y muchas plantas constituyen para un país una riqueza inmensa. Háblémosles seriamente a nuestros niños de la mata de cincos, señálemosles los sitios numerosos en donde se halla como viviente realidad, enseñémosles a sembrarla y a cultivarla con cariño e inteligencia, pero desarraigemos de su corazón el sentimiento perverso de destruirla inútilmente en la época sagrada de su vida, cuando va a rendir un fruto que siempre es un bien y una riqueza efectiva, muchos cincos, aun cuando no sean para nosotros. Las fuerzas naturales que han contribuido a elaborar esa riqueza no pertenecen a ninguna persona determinada, antes bien están distribuidas en el Universo para disfrute y beneficio de todos los que quieran aprovecharlas con buenas intenciones.

(1) Aquí se refiere al dinero que piden los niños a los mayores.

«Yo no siembro para que otros cosechen! Mis esfuerzos que sean para beneficio mío, pero de ningún modo para los demás. Que lo que yo haga y tenga, viva y muera conmigo. Los demás?...qué me importan los demás...!» Así piensan por lo común los que no siembran árboles de fruto tardío, aun cuando sean un bien y una riqueza para el país. El temor de que sólo sean nuestros descendientes o no los que recojan ese fruto nos abstiene de plantarlo ahora. Este egoísmo salvaje es una rémora ⁽¹⁾ para la agricultura de un país. Piénsese cuántos hombres dueños del suelo proceden así y calcúlese cuántas ocasiones se pierden por lo consiguiente de hacer más y más rica a nuestra nación!

Tal egoísmo es el que impide que se cultiven y hermoseen los suelos urbanos y campesinos anexos a la casa de alquiler y propias también, aun cuando parezca extraño. Se habla a menudo de que la tierra arable, descansada y fértil ya escasea en las cercanías de nuestras ciudades y no se piensa que dentro de ellas existen, en parcelas ⁽²⁾ aisladas, muchas manzanas que dormitan con sus olvidados tesoros bajo la fealdad de los charrales. Terrenos abonados, que darían sus riquezas sin grandes costos, sin fletes subidos, sin malos caminos; que hasta podrían cultivarse de noche, porque la luz eléctrica de las calles los ilumina. Y los moradores pobres o acomodados de las casas anexas a estos solares, en el ocio y la murmuración, pasan muchas horas diurnas que podrían

(1) Un impedimento.

(2) Pedazos pequeños de terreno.

emplear noblemente cultivando flores y hortalizas para sustento barato de sí mismos y ornato, limpieza e higiene de los hogares. Esto es lo que precisamente hacen los sajones ⁽¹⁾ con los solares de nuestras casas, aunque no les pertenezcan: los explotan y embellecen mientras en ellos viven, sin egoísmos, satisfechos de dejar al sucesor un hermoso ejemplo de actividad para los ratos de holganza y una morada decente para vivir conforme a la higiene moderna. Pero a menudo acontece que no seguimos este buen ejemplo y a pocos días dejamos que las malezas, en virtud del egoísmo susodicho y de la falta de amor por la naturaleza, invadan los contornos de nuestras casas que recibimos en cultivo y hermoseados. Esta conducta es tan censurable como la del que no mejora para que el posible sucesor no disfrute.

¿Qué habría sido del mundo si los antecesores hubieran procedido con tanto egoísmo? ¡Apenas estaría la humanidad más acá de la barbarie! A quién sino a ellos debemos la vida confortable de nuestras casas modernas, que nos abrigan de la intemperie y de la humedad, las ventajas de la luz eléctrica, del vestido, del tranvía, las numerosas ocasiones de instruirnos con facilidad y regocijo?

Los esfuerzos sucesivos y desinteresados de los sabios, inventores o ignorada muchedumbre de obreros del pretérito ⁽²⁾ son los creadores de todos los progresos materiales y espirituales que hoy hacen nuestra vida más

(1) Pertenecientes a la raza sajona como los ingleses y los alemanes.

(2) Del pasado.

bella y más buena. Por lo tanto, sigamos el ejemplo de los antepasados y sin descanso trabajemos por enriquecer y mejorar la valiosa herencia que nos legaron y sin egoísmo, entreguémosla a nuestros hijos para que ellos a su vez continúen perfeccionándola. He aquí nuestro más sagrado deber: de otro modo regresaríamos al salvajismo primitivo.

J. GARCÍA MONGE

Mayo, 20—1910.

LA MUJER DEL PESCADOR

I

En una pequeña choza
de tabla y paja construída,
vive Aldén el pescador,
con su esposa muy querida.

Allí, a la orilla del mar,
amándose con pureza,
los dos esposos vivían
felices con su pobreza.

Sus hijos, aunque desnudos,
son su gloria y su consuelo;
sus pies no tienen zapatos,
pero su alma tiene el cielo.

Un día, muy de mañana,
se marcha a la pesca Aldén;
estaba la mar azul
y azul el cielo también.

Echa la red en el agua,
deja un poco que el tiempo
ande,

y al retirarla ve en ella
un pez muy grande, muy
grande.

El pescador al mirarlo
siente gozo y siente miedo;
y, un si es no es vacilante,
al pez saca de su enredo.

Pero el pez, que no era pez
sino un príncipe encantado,
le habla, y dice de este modo
a Aldén, que le oye espantado:

—No me llesves a morir,
y si me dejas la vida,
yo te daré, pescador,
cuanto el deseo te pida.

Aldén se queda un instante
sin saber lo que le pasa;
al pez suelta, y sin más pesca
vuelve tranquilo a su casa.

Entre admirado y risueño
el lance cuenta a su esposa;

ésta le escucha en silencio
y luego dice ambiciosa:

—Verdad que somos felices
viviendo aquí con amor;
pero lo fuéramos más
en una choza mejor.

Anda, esposo, y pide al pez,
si eso del pez es verdad,
que nos dé una casa grande
con toda comodidad.

Aldén, sumiso y amante,
toma otra vez el camino...
El mar está siempre en calma
pero no tan cristalino.

Al pez llama, y el pez sale;
Aldén lo ve con placer,
y le dice humildemente
lo que pide su mujer.

—Pescador, vuelve a tu casa,
que ya mi poder la eleva.—
Vuelve el pescador al punto
y encuentra una casa nueva.

Tiene más habitaciones,
cocina, leña encendida,
buena mesa, buena cama,
y despensa bien surtida.

Su mujer con buena ropa,
sus hijos muy abrigados,
todos llenos de alegría
en el hogar agrupados.

II

Después de unos cuantos días
dice la mujer:—Jamás
me contentaré con ésto,
pudiendo ser mucho más.

Para mi dicha completa
me falta una cosa ahora;
vé, Aldén, y pídele al pez
que me haga una gran señora.—

Aldén exhala un suspiro,
y marcha no muy resuelto;
esta vez estaba el mar
medio verdoso y revuelto.

Al pez llama, y el pez sale,
Aldén lo ve con placer,
y le dice, algo turbado,
lo que quiere su mujer.

—Pescador, vuelve a tu casa;
ya tienes lo que has pedido.—
Y el pescador al volver
halla un lujo desmedido.

Su mujer está vestida
con elegante insolencia,
y a las más altas señoras
humilla con su opulencia.

Tiene joyas y carruajes,
recibe nobles visitas,
y da bailes esplendentes
y comidas exquisitas.

III

Una noche al pescador
dice la esposa querida:
—Aldén, yo quiero algo más
porque me cansa esta vida.

Anda, esposo, y dile al pez
que sobre un trono me siente
con manto real en mis hombros
y una corona en mi frente.—

Aldén la mira indeciso;
la esposa insiste y reclama;

ella exige porque aspira,
él se calla porque la ama.

El pescador amoroso,
camina, llorando a solas...
el mar estaba rojizo
y encrespándose las olas.

Al pez llama y el pez sale;
ya Aldén no siente placer,
y le dice muy confuso
lo que pide su mujer.

—Pescador, ve a tu palacio,
ya reina tu esposa es.—
Y Aldén encuentra a su esposa
con una corte a sus pies.

Es la excelsa soberana,
sus miradas son favores,
todo un pueblo la saluda,
la sirven grandes señores.

La ciudad está de gala
se oyen risas y cantares,
y hurras y vivas alegres,
y músicas militares.

Cada día nuevos goces,
más alegres invenciones,
y hasta llegan al cansancio
los juegos y diversiones.

Y entre fiestas y paseos,
lisonjas y cortesías,
con su paso inexorable
siguen andando los días.

IV

Una ocasión la mujer
dice a Aldén:—No soy dichosa;
creí que el trono era todo,
pero el trono es poca cosa.
Me canso de tanto halago

que ya no me hace gozar;
me cansa el mando y me canso
de dar mi mano a besar.

—¿Qué más pedir? dice Aldén;
con nuestras almas ingratas
el pez pudiera enojarse.
—¡Pues si se enoja, lo matas!

«Vé, Aldén, y dile a tu pez
que no encuentro saciedad;
que si su poder es tanto
me dé la felicidad.—

Aldén sale cabizbajo,
con el alma desgarrada...
esta vez estaba el mar
en tempestad desatada.

En el mar olas enormes;
abismos de oscuros senos;
en el cielo nubarrones,
y relámpagos y truenos.

Al pez llama, y el pez sale
y viéndole aparecer,
Aldén le dice temblando
lo que pide su mujer.

—Pescador, vuelve a tu casa...—
Aldén vuelve con presteza
y halla... su antigua cabaña,
con su paja y su pobreza.

Sus hijos medio desnudos,
su mujer con el refajo (1)
pero todos muy alegres
comiendo el pan del trabajo.

Toma su red y contento
se vuelve a la pesca Aldén;
ya la mar estaba azul,
y azul el cielo también.

L. RODRÍGUEZ VELASCO

(1) Lo que nosotros llamamos enaguas y cuyo verdadero nombre es saya.